

## PADRE ANTONIO OLIVARES

Señor Vicepresidente  
de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas  
y Naturales.

Señores Académicos, señoras, señores:

Es para mí supremamente honrosa y placentera la tarea que me ha sido encomendada por la Academia de Ciencias de elaborar el elogio de su miembro de Número *Fray José Antonio Olivares Celis*, quien el 9 de agosto pasado dejó vacío su sillón al terminar su trabajo temporal de investigación científica y de predicación del Evangelio.

Y me siento honrado y satisfecho con esta tarea no solamente por la gran simpatía que durante mucho tiempo me unió con el Padre Olivares sino también porque siempre lo he considerado como mi doble colega, en la ciencia y en el sacerdocio, y como un dechado de honestidad, de abnegación y de dedicación al trabajo.

José Antonio nació en Anolaima, Cundinamarca, el 10 de julio de 1917 en el hogar de don Santos Olivares y de su señora esposa doña María de Jesús Celis.

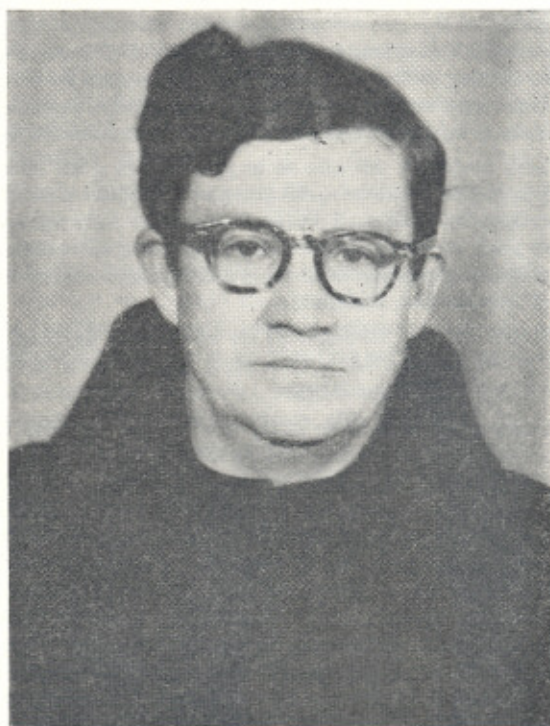
Desde muy pequeño fue llevado a Soatá, Boyacá, donde su familia se radicó definitivamente. Más tarde él recordaría (La Mirla - El Tiempo, agosto 23 de 1970): "Cuando era niño, en un pueblito viejo visitaba una casa donde florecía la dignidad de la pobreza amenizada por el canto de una pareja de mirlos blancos o 'pregoneros'. Hacía más de 10 años que estas aves habían hecho agradable y famosa aquella morada con su canto dulce, variado y armonioso. Y pasaron los años. Lo que de niño veía y oía con la sola curiosidad de las demás gentes, ya lo observaba si no con la dedicación del naturalista profesional, a lo menos con la atención de un amante de las bellezas aladas. Al Norte de Boyacá, en la árida hoya del río Chicamocha, donde se exhiben exuberantes los cactus y los espinares, en todas sus formas y tamaños, el 'pregonero' o 'chope' tiene predilección por los 'datos', aquellas gigantes cactáceas que crecen en forma de cirios y que resplandecen con la luz de sus flores y sus frutos como en una solemne catedral".

Allí comenzó como niño piadoso a frecuentar la iglesia y como acólito ayudaba en la celebración del santo sacrificio.

Un día se dio cuenta de que Dios lo llamaba al sacerdocio y gustoso ingresó al Seminario Menor de Tunja, donde adelantó sus estudios hasta el día en que, animado por el Padre Puyo, de inolvidable simpatía, pasó al Seminario Franciscano de Cali, a donde llegó el 2 de octubre de 1935, a la edad de 18 años.

Allí se hicieron notables su disciplina y su entusiasmo por la naturaleza y sus maravillas; sus superiores admiraban su rectitud e integridad de conciencia, llegando a tildarlo casi de escrupuloso en toda su conducta.

Desde que llegó a Cali empezó a leer las obras del médico escritor americano Orison Swet Marden y estas orientaron su vida y lo entusiasmaron por las ciencias naturales especialmente por la zoología. Era sumamente dedicado al estudio; su consagración al trabajo lo llevó a



elegir como su patrono al sabio de su orden Rogelio Bacon, apropiándose su axioma "sine experientia nihil sufficienter sciri potest" (sin la experimentación nada se puede conocer suficientemente) y con su linda caligrafía lo había copiado para colocarlo sobre su escritorio.

Allí mismo inició la formación de un Museo Zoológico, el Museo Fray Rogelio Bacon, donde colocaba los animales que recolectaba en sus paseos, mostrando en esta época especial afición por los insectos.

Y ya desde este tiempo comenzó la publicación de algunos artículos científicos en la hojita de su comunidad denominada "El Ensayo".

Con razón, desde este tiempo, sus discípulos lo apodaron "Maestro", sobrenombre con el que se le designó a todo lo largo de su vida religiosa.

El 7 de diciembre de 1938 ingresó al Noviciado de su orden y el año siguiente, el 13 de diciembre de 1939, pronunció su profesión de votos temporales en Cali y pasó a Bogotá para hacer sus estudios eclesiásticos en La Porciúncula. Alternando con estos siguió dedicándose a las ciencias naturales, especialmente a la zoología, lo que motivó que su superior, el P. Gregorio Arcila Robledo, viendo su consagración, le proporcionara la oportunidad de efectuar un curso de Taxidermia bajo la dirección del insigne ornitólogo recientemente fallecido, el doctor Carlos Lehmann.

Estableció también en La Porciúncula un museo de Historia Natural, el Museo Fray Diego García, en honor de un célebre científico franciscano de la Expedición Botánica, y al mismo tiempo se entregaba a la lectura de obras científicas y a la investigación zoológica sobre todo en la rama de las aves. Ya desde este tiempo empezó a

publicar el fruto de sus investigaciones en su revista de Bogotá "Voz Franciscana". De esta época es su joya ornitológica-literaria titulada "El Copetón", donde podemos leer: "El Copetón... es un pajarito que sigue al hombre; pocas veces se encuentra uno en plena selva. Pero, si usted va por un terreno completamente deshabitado... al llegar a la choza solitaria de un arriesgado colono, con seguridad encontrará en el patio un copetón que casi juega, como domesticado, con los hijos del colono. El copetón ama al hombre. Desgraciadamente el hombre no lo ama tanto. La especie, por lo menos en Bogotá, está amenazada de desaparecer".

El 19 de marzo de 1943 hizo en Bogotá su Profesión Solemne.

Desde 1944 empezó su magisterio en el Colegio Franciscano Virrey Solís y continuó por algún tiempo su trabajo como profesor de ciencias naturales aún después de recibir la orden del Presbiterado el 1º de marzo de 1947.

Hacia mediados del año se le presentó la gran oportunidad de su vida: fue enviado por su comunidad a estudiar en los Estados Unidos. Partió con una carta de recomendación para el doctor Alexander Wetmore, secretario de la Institución Smithsonian de Washington y con un cupo en la Universidad Católica.

Estudió un año Biología y, en noviembre de 1948, regresó a Colombia y fue a Cali para enseñar esa materia en el Seminario Franciscano.

De nuevo, en agosto de 1949, volvió a los Estados Unidos con una magnífica colección de 800 pieles de aves, recolectadas por él y sus alumnos principalmente en el Valle del Cauca. Su permanencia en Washington le sirvió esta vez para tomar dos grandes decisiones. Una fue especializarse en Ornitología. Sus estudios en la Universidad fueron generales sobre Historia Natural, pero su dedicación al trabajo en la Institución Smithsonian le proporcionó vastos conocimientos en esta rama de la zoología. La segunda fue la de concentrarse en la investigación, determinación y clasificación de las aves colombianas: así nació su sueño dorado de escribir algún día un libro acerca de este tema. Para su grado de Master of Science, que obtuvo el 11 de junio de 1952, escribió una tesis de 150 páginas "Aves Colombianas, coleccionadas por Antonio Olivares". Dejó esta tesis y las pieles en el Museo Nacional como regalo a la ciencia. Lamentablemente su tesis no ha sido nunca publicada. Antes había perdido mucho tiempo en la disección de aves, en su montaje y en trabajos de taxidermia. Ahora comprende que lo importante para él es coleccionar aves, estudiarlas, describirlas y colocarlas en colecciones científicas y no trabajar en montajes para museos populares.

Durante unas vacaciones universitarias su curiosidad científica lo llevó a Chicago, en cuyo Museo de Historia Natural ayudó a identificar una interesante colección de aves de la costa colombiana del Pacífico.

"Las aves norteamericanas —decía— me interesaban, pero mi verdadera pasión eran las especies colombianas. Por eso, aunque en mis expediciones de fin de semana no faltaban oportunidades de conocer especies raras de los Estados Unidos, destinaba todo mi tiempo libre a concluir mi trabajo en las 800 pieles que había llevado conmigo".

A su regreso a Colombia, la Orden Franciscana lo llamó a su Colegio Virrey Solís en Bogotá. Aunque la pedagogía no era su principal afición, cumplía eficazmente su tarea de enseñar biología tanto a estudiantes de secundaria como a los de las Facultades Eclesiásticas de la Pontificia Universidad Javeriana.

Además de enseñar 19 horas semanales encontraba manera de proseguir sus investigaciones; del aula al Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional y de ahí a su pequeño cuarto de labor. El trabajo le ocupaba también sus vacaciones porque las pasaba entre aves, vivas o muertas, según la ocasión.

El 8 de diciembre del mismo año de 1952, poco después de su regreso de Estados Unidos, emprendió una expedición por la región de Soatá, donde había pasado su niñez y vivían todavía sus padres y hermanos, dando comienzo con ella a su vida de investigación científica profesional.

La obra del Padre Olivares quedó sintetizada en su libro inédito "Aves Colombianas", máxima aspiración de su vida científica, y en sus tres libros publicados "Aves de Cundinamarca" (1969), "Ciconiformes Colombianas" (1973) y "Aves de la Orinoquia" (1974), lo mismo que en unos 50 artículos publicados en revistas científicas colombianas y extranjeras, y en otros tantos amenísimos artículos de divulgación aparecidos en diversos periódicos y revistas; entre estos últimos son verdaderas joyas los publicados en el Magazín Dominical de El Espectador bajo el título de "La Pájara Vida", encabezados con el verso de Quevedo "Ave rara que en el yermo vives la pájara vida".

Veamos brevemente una sinopsis de su obra científica.

El 3 de mayo de 1955 apareció el número 31 de la Revista Caldasia del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional. En él se leía un artículo escrito por José Ignacio Borrero y Antonio Olivares titulado Avifauna de la región de Soatá, Departamento de Boyacá Colombia.

Este artículo era el fruto de la correría que, entre el 8 de diciembre de 1952 y el 23 de enero de 1953, había hecho el Padre Olivares, acompañado por el señor Jorge Hernández, auxiliar de zoología del Instituto, con el ánimo de coleccionar aves de la región, habiendo obtenido 520 pieles que representan 30 familias con 118 especies y subespecies, algunas de ellas de especial importancia, ya desde el punto de vista ornitogeográfico, ya porque sólo se conocen los tipos o muy pocos ejemplares, o porque no habían sido encontrados previamente en Colombia.

En el número 33 de Caldasia, aparecido el 30 de diciembre del mismo año de 1955, venía otro artículo de Antonio Olivares con el título de Algunas Aves de la Comisaría del Vaupés, Colombia. Allí se lee: "Del 10 al 15 de diciembre de 1953 visité la Comisaría del Vaupés (en la parte amazónica de Colombia) con el objeto de iniciar un estudio sobre las aves de la región... Infortunadamente, debido esta vez a mi corta estadía, tan solo obtuve 72 ejemplares, correspondientes a 43 especies y subespecies y a 27 familias". Esta corta expedición tuvo sus resultados. Una pequeña paloma no vista antes en Colombia, la *Columbigallina passerina*, fue encontrada en los rastrojos cercanos a un caserío.

En los números 35, 36 y 37 de Caldasia, aparecidos del 15 de marzo de 1957 al 30 de agosto de 1958 el Padre Olivares publicó una serie de trabajos acerca de las aves de la costa del pacífico, recolectadas personalmente por él en el Municipio de Guapi durante las vacaciones que transcurrieron del 21 de noviembre de 1955 al 19 de enero de 1956. A fines de enero de 1956 regresó a tierra civilizada con 1.200 pieles y muchas ilusiones, pero a la vez con una fatiga de tropicópico y un paludismo incipiente. Uno de los pájaros más interesantes que encontró fue un gavilán llamado vulgarmente guaco, que devora serpientes venenosas; los naturales dicen que el guaco es inmune al veneno.

En octubre de 1957 se inicia el Padre como colaborador en la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, con su artículo titulado "Algunas Aves del Valle del Alto Magdalena". Ahí leemos: "La colección ornitológica aquí estudiada fue hecha por el autor en los Llanos del Tolima, del 21 de diciembre de 1953 el 7 de enero de 1954 en el Municipio del Guamo... De las localidades exploradas se anotan en el presente trabajo 70 especies y subespecies".

En junio de 1958 el Padre Olivares fue llamado a formar parte del cuerpo de investigadores del Instituto de Ciencias Naturales por su Director de entonces, el doctor José Pablo Leyva. El Padre se posesionó de su cargo el día 7 de agosto de ese año. Esto significó un gran paso en su vida científica: en adelante sus correrías e investigaciones no ocuparían solamente algunas horas difícilmente robadas a sus ocupaciones rutinarias sino que podrían llenar todo el tiempo que no estuviera dedicado a su ministerio sacerdotal.

Como explicación de su artículo "Aves Migratorias en Colombia", aparecido en agosto de 1959 en el número 41 de la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias, el Padre escribe: "Esta obra es fruto de 20 años de estudios en la avifauna colombiana. Muchas de las especies descritas las he coleccionado en las Costas del Pacífico, Valle del Cauca, Llanos del Tolima, hoya del río Chicamocha en Boyacá y en selvas del Vaupés".

En el número 44 de la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias viene el estudio del Padre Olivares sobre "Aves de la Región Sur de la Sierra de la Macarena, Meta, Colombia". Esas aves fueron recolectadas por él y su equipo durante una expedición combinada del Instituto de Ciencias Naturales, la cual duró desde el 10 de enero hasta el 18 de marzo de 1959. De esta expedición resultaron 6 aves nuevas para Colombia.

En agosto de 1965 apareció el número 47 de la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales con el nombre del Profesor Olivares escrito en la lista de sus Miembros Correspondientes y con su magnífico estudio sobre "El Rey de los Gallinazos". En adelante ya no sería solamente huésped benévolamente acogido en la Revista sino que en ella se encontraría en predios propios.

Durante el mes de abril de 1966 el Académico Olivares fue comisionado por la Universidad para asistir en Washington a la Conferencia sobre la Avifauna de América Latina; su contribución de entonces lleva por título "Efectos de los cambios ambientales en la Avifauna de la República de Colombia, América del Sur".

El número 49 de la Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, aparecido en diciembre de 1967, se honra al traer el nombre de Antonio Olivares en la lista de los Miembros de Número de la Academia: se había hecho honor al mérito de uno de los más insignes científicos colombianos de todos los tiempos.

Al finalizar este mismo año de 1967 Fray Olivares viajó al Brasil para participar en la II Mesa Redonda de Información sobre la Conservación de la naturaleza; el trabajo que entonces presentó se denomina "La Avifauna Colombiana y la importancia de su conservación".

En enero de 1969 se celebraron en Florencia (Caquetá) y Leticia (Amazonas) el Simposio y el Foro de Biología Tropical Amazónica. El Foro en Florencia del 21 al 25, y el Simposio en Leticia del 28 al 30.

El Padre Olivares asistió a ambos y su contribución llevó el nombre de "Aves de la Amazonia Colombiana". Al editarse las Memorias de estos acontecimientos científicos el trabajo del Padre ocupó 41 páginas impresas. En resumen se dice allí: "En la Amazonia Colombiana se han registrado 590 especies y subespecies aviarias, correspondientes a 61 familias y 18 órdenes de las 2.680 especies y subespecies, 88 familias y 20 órdenes anotados en todo el territorio colombiano".

El 19 de julio de 1969 tuvo el Padre Olivares una de las mayores satisfacciones de su vida al ver salir de la imprenta su primer libro "Aves de Cundinamarca", primicia de su obra maestra "Las Aves Colombianas".

Del 25 al 27 de mayo de 1971 se celebró en Bogotá el Congreso de Recursos Naturales. El Padre Olivares aportó a él su contribución científica. A este respecto leemos en El Espectador (mayo 20), en la Columna de Pangloss:

"La gallineta y la perdiz están a punto de desaparecer de nuestra fauna, a pesar de llamamientos, estudios e investigaciones de almas tan apostólicas como el Padre Antonio Olivares, un 'Francisco de Asís' científico". Y la víspera el mismo periódico había traído: "El ornitólogo Padre Antonio Olivares, quien ha publicado cerca de 50 artículos y monografías sobre la avifauna colombiana, presentará al Congreso de Recursos Naturales (mayo 25-27/1971) un trabajo sobre las aves llamadas Tinamúes 'gallinetas'. Considera el destacado científico que la conservación de las aves del país es necesaria para obtener el verdadero progreso colombiano". El Boletín Franciscano de esa fecha comenta estos recortes con estas líneas: "Son solo unos cuantos de los elogiosos comentarios con que se destacó la prensa la participación de este nuestro hermano, Padre Antonio Olivares, en el Congreso Científico reunido en estos días en Bogotá. Sin temor a que se nos tache de 'triumfalistas' nos sentimos muy complacidos y honrados de registrar este hecho".

El año de 1973 fue para Fray Olivares año de cosecha de éxitos y satisfacciones. El 19 de julio vio aparecer, en Ediciones Tercer Mundo, su segundo libro "Las Ciconiformes Colombianas", tanto más estimable para él cuanto que este era su trabajo de promoción a Profesor Titular de la Universidad, rechazado en primera instancia por su presentación defectuosa de mecanografía y de grabados.

A principios de octubre viajó a Medellín para presidir la inauguración del Aviario que allá instalaron los Padres Franciscanos: debió ser grande su gozo al ver que otros seguían las sendas por él trazadas de amor a las aves.

El 18 de octubre salió de la vice-Rectoría de la Universidad Nacional la Resolución número 1351, que por fin le hacía justicia al elevarlo a la categoría de Profesor Titular. Sus hermanos de comunidad en su Boletín Informativo dicen toda su satisfacción al copiar dicha resolución precedida del siguiente título: "El Padre José Antonio Olivares C., llega al máximo grado como Profesor en la Universidad Nacional".

Antes de finalizar el año el abogado de la conservación de la avifauna colombiana tuvo otra satisfacción no pequeña al recibir, el 18 de diciembre, de parte de Inderena el título y los derechos de "Inspector Nacional Honorario de Recursos Naturales".

En 1974 otras dos alegrías habrían de llegar a reconfortar el alma del Padre Olivares, ya bastante acongojada por sus dolencias, especialmente por su grave afección ocular.

En este año, auspiciado por el Centro Experimental de las Gaviotas, vio la luz su tercer libro titulado "Aves de la Orinoquia". "Los registros de 1.000 especies y subespecies de la Orinoquia Colombiana que aquí se presentan, muestran en parte el potencial avifaunístico principalmente de lo que se denominan Llanos Orientales, sin omitir la Serranía de la Macarena y la ladera oriental de la Cordillera Oriental desde sus altas cimas".

El 4 de diciembre del mismo año el trabajo científico del Padre Olivares fue justamente galardonado al concedérsele el Premio de Ciencias Exactas y Naturales de la Fundación Centenario Banco de Colombia; con muchísima razón se ha dicho que el Padre ha sido el primer Premio Nóbel de la Ciencia Colombiana.

Durante los días 22 y 23 de marzo de 1975 tuvo lugar una visita de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales al Centro Experimental de las Gaviotas, en el Vichada. Lleno de satisfacción, elocuente como nunca, rebosando erudición, el Padre Olivares hizo una magnífica exposición acerca de sus aves de la Orinoquia y de la necesidad inaplazable de hacer algo, de hacer mucho, por su conservación. En compañía del Director del Centro, doctor Paolo Lugari, los académicos visitaron las instalaciones. Al otro lado del caño se han levantado unas casitas estilo Llano, aisladas de todo bu-

licio, excepto del que hacen las aves en el bosque cercano; este conjunto se ha denominado "Villa Ciencia", rincón lleno de encantos para los científicos que allí quieran entregarse a sus meditaciones y a sus observaciones de la naturaleza. Necesariamente tenía que conquistar el corazón de Fray Olivares, quien sencilla y llanamente declaró al doctor Lugari que su ambición sería, al jubilarse en la Universidad, ir a pasar allí sus últimos años, alejado del mundo y acariciado solo por el canto de sus aves tan amadas.

En la mañana del domingo 23 de marzo de este año, en el Centro Experimental de Las Gaviotas en el Vichada, el Padre Olivares se levantó hacia las 4 del amanecer y, en compañía del señor Embajador del Uruguay se fue hacia la galería del bosque que cubre el caño; llevaban una grabadora provista de un micrófono parabólico; el resultado fue una cinta magnetofónica con lo más sublime de las armonías de un despertar de la selva. El día 9 de agosto último, el Padre, recién salido de la sala de cuidados intensivos del Hospital Militar, recibió una copia de esta cinta; todo el día lo pasó arrobado escuchando y explicando la procedencia de las diversas voces y cantos. ¿No sería esto un preludio de las melodías de la eterna dicha?

Hacia las siete y media de la noche se encontraba en su lecho de enfermo ocupado en repartir algún dinero caritativo a personas que él favorecía, cuando el Señor vino a buscarlo.

Al irse el Padre Olivares dejó un hondo vacío tanto en la comunidad como en el Instituto de Ciencias Naturales.

Es cierto que desde hacía algún tiempo venía sintiéndose cansado del trabajo y de la vida; especialmente desde que comenzó a tener serias dificultades con la vista, tenía la sensación de que su carrera estaba terminando. Sus compañeros de comunidad le repetían: "Maestro, cuídese que usted está muy delicado". Pero él ya soñaba con esa otra vida que no sabía como sería pero que se imaginaría alegrada por los dulces trinos del hermano turpial y del hermano cucarachero y embellecida por los esplendores del soberano Pelicano, Jesucristo.

Su obra maestra, las Aves Colombianas, quedó sin editarse: unas 1.000 páginas mecanografiadas y unos 200 grabados.

¿Se dejará perder la descripción integral de la avifauna más rica del mundo?

Dios no lo quiera.

Quiero terminar citando algunos párrafos de la carta que el Provincial de los Franciscanos envió a los padres de Fray Olivares con ocasión de su deceso.

"Ya tuve la oportunidad de expresar a don Santos, a sus hijas y nietos, lo que en nuestra vida franciscana significó la presencia de quien cariñosamente llamábamos Maestro. Fraile humilde y modesto que nunca permitió que el orgullo mancillara su humildad de todos los instantes ni siquiera en aquellas ocasiones en que en títulos y condecoraciones la patria y el extranjero exaltaron su persona.

Modelo de consagración que todos señalamos como la más refinada de sus virtudes, cosa que en este mundo de mediocridad y de prematuro cansancio, es cualidad bastante rara; religioso sin rencores, casi excepción por lo mismo que ningún cohermano pudo ser jamás por él ofendido; corazón de oro engastado en una aparente rusticidad que fue coraza invulnerable que no permitió advertir en Antonio la presencia de grandezas ocultas que después de la muerte han venido a manifestarse como el mejor panegírico con que la justicia honra su memoria, y en fin, silencioso testimonio de un carisma de ciencia con que el Señor quiso enriquecerlo y fue precisamente el de inmortalizar, para la ambiciosa investigación de sabios y deleite de curiosos, aquella parte de la creación infinita de Dios que en el reino de las aves en vuelos, colores y cantares forman la mejor estrofa del universo.

Por eso, porque era consciente de su misión de descifrar el misterio que en las aves se oculta, fue favor del cielo el que, quien la amó como hijo del pobrecillo de Asís, se nos durmiera hablando de su belleza y escuchando la música que enriquece la selva.

... Fray Antonio nos hace falta porque no puede ser de otra manera en tratándose de una persona que convivió con nosotros durante cuarenta años, enseñándonos a emplear el tiempo, máximo don de Dios, y compartiendo con nosotros todas las alegrías y todos los sufrimientos que conlleva la existencia".

CARLOS EDUARDO ACOSTA ARTEAGA.

Bogotá, noviembre 19 de 1975.